

# Yo no voy a Cuba porque. . .

Por UVA A. CLAVIJO

HACE poco más de un año, cuando el gobierno de La Habana habló por vez primera de diálogo, reunificación familiar y los exiliados cubanos pasamos de la noche a la mañana de despreciables "gusanos" a hermosas "mariposas", como el ingenio popular iría pronto a comentar, me asombró la forma en que tantos medios de expresión mimamean, especialmente la radio, atacaban a los que viajaban a Cuba.

¡Traidores! ¡Vendepatrias! ¡Malos Cubanos! Los epítetos se sucedían unos a otros a cual peor. Y yo me preguntaba en lo más íntimo de mí ser. ¿Cómo censurar al que regrese a la isla a besar por vez última la frente amada de una madre? ¿Cómo juzgar desde puercas vidas de aire acondicionado y proteínas, al que quiera llevar momentáneamente alivio al familiar que quedó atrás? ¿Quién puede dejar de comprender el deseo del joven que salió niño de Cuba de conocer la tierra de sus raíces primeras? Y el sueño tantas veces acariciado del regreso a la patria pareció, por unos momentos, que podría hacerse realidad.

Un año después, un artículo de Arturo Villar Bergnes, "Sí, yo fui a Cuba porque..." publicado en fecha reciente en estas páginas de *El Herald*, ha provocado en mí las reflexiones siguientes. Aún sin comprender la trascendencia de tantos hacia los que, por razones personales y humanitarias, han regresado a Cuba; feliz por la liberación de los presos, consciente de las consecuencias que el flujo de viajeros del exterior a Cuba ha traído y puede traer, y después de un profundo y sincero autoanálisis, concluyo que yo no voy a Cuba.

No voy a Cuba, primero, porque soy cubana. No voy a Cuba, en segundo lugar, porque soy libre. Cuando se asume a cabalidad la posición histórica de exiliado cubano, el mero hecho de permanecer en destierro por dos décadas es una afirmación de estas dos realidades tan entrelazadas, pues en el concepto de nacionalidad cubana va implicado el...or a la libertad, sin compromisos o ataduras. Regresar a

un sistema de gobierno donde nada ha cambiado desde que salí de él sería, para mí, negar veinte años de militancia política para restaurar a mí país un sistema de libertades.

Tercero, no voy a C. porque si por ciertas condiciones denigrantes, como lo es ser obligado a viajar con pasaporte cubano aunque no haya adquirido la nacionalidad norteamericana; como lo es el alto costo de los pasajes, el cambio de 71 centavos cubanos por cada dólar, y aún peor, el permitirle al viajero acceso a tiendas donde no pueden comprar los compatriotas de la isla y a centros de recreación cerrados al pueblo, ir a Cuba a ser un privilegiado en medio de tanta pobreza! De turista a mi Patria! Así no!

Yo sé que yo no puedo derrocar a Fidel Castro, pero sí puedo negarme a hacerle el juego. La revolución cubana ha cultivado su imagen con astucia y tenacidad. Por años esa fue su primera y más eficaz línea de defensa. ¿Quién podía resistir el encantamiento de la revolución romántica, forzada a posturas antide-mocráticas por la agresión yanqui y los esbirros reaccionarios. Pero, detrás de esa mítica imagen, se ocultaba el terror y la infamia. Detrás de la airada postura nacionalista, del desenfado ante el coloso del norte, se escondía el más servil entreguismo a la Unión Soviética. Ese imagen, sin embargo, se ha ido desgastando. Amnistía Internacional, el *New York Times*, *Cambio 16*, *The Times of London*, *le Nouvel Observateur*, *The Economist*, *L'Express de Paris*, ya no compran a ciegas lo que Castro quiere vender. Ya la izquierda democrática — Rómulo Betancourt, José Figueres, Luis Muñoz Marín — no alza sus voces a solas. También el Partido Socialista Obrero Español hace gestiones por Eloy Gutiérrez Menoyo. También los intelectuales de mayor prestigio y de ideas liberales — Jean Paul Sartre, Simón de Beauvier, Octavio Paz, Juan Goytisolo, Arrabal, Vargas Llosa — denuncian las farsas de La Habana.

Y Castro, naturalmente, quiere convencer a la opinión pública de que él no es tan malo como lo pintan. Soltemos a los presos. Recibamos con brazos abiertos a la comunidad en el exterior. Invitemos a una cena en Nueva York a los periodistas norteamericanos.

Y por eso voy a olvidar que por veinte años en Cuba se ha perseguido sistemáticamente a todos los artistas, los creadores, los miembros de grupos minoritarios y todo el que de una forma u otra, haya osado expresarse contra el sistema?

No, yo no voy a Cuba porque la estructura de mi país se ha transformado para ajustarse a la de un satélite soviético. Yo no voy a Cuba porque la economía socialista ha fracasado y el cubano vive sumido en la mayor pobreza. Yo no voy a Cuba porque la liberación de los presos políticos no le devuelve la vida a los fusilados, ni a los que han muerto en África, ni veinte años de su existencia a los que han sufrido prisión y maltrato. No voy a Cuba porque el sistema represivo genera día a día nuevos presos políticos; y porque allí no se es igual ante la ley, ni hay derecho al estudio, ni libertad de conciencia, de religión; ni hay derecho a reunirse, ni a opinar, ni a expresarse libremente, ni a viajar dentro del país, ni a salir y regresar a él. Yo no voy a Cuba porque la constante y sistemática violación de los derechos humanos, que contraviene la Declaración Universal de Derechos del Hombre, está además dispuesta en la Constitución y en las leyes cubanas, que no corresponden a la voluntad popular, y que no puede nada venir a decirme que es una muestra de la nueva flexibilidad del régimen.

Enténdase bien. No censuramos al individuo privado que viaje al hogar a llevar algún confort material y un abrazo fraterno a los suyos. Creemos, además, que, a pesar de las divisas que pueda representar para Castro, las visitas de los exiliados a Cuba a la larga son perjudiciales al régimen. Pero eso es muy distinto a lo que los que aspi-

ran a guiar la opinión pública viajen a Cuba sin una poderosa razón personal y además justifiquen sus acciones en pueriles argumentos.

Porque no hace falta ir a Cuba para saber que, veinte años después, aunque puedan apuntarse aciertos, el precio, en vidas humanas, en escasez materiales, en valores tan abstractos y sin embargo tan concretos como la libertad, ha sido demasiado alto. Con la mirada fija en los que allá sufren, en el continuo afán de ayudarnos, a plena conciencia, con infinita tristeza y renunciamiento, yo, ahora, no voy a Cuba.

UVA A. CLAVIJO es una escritora cubana exiliada que vive en Westchester.



"LA RELIGION ES LA PRIMERA CIVILIZACION Y COMO LA NRODRIZ DEL LNAJE HUMANO. LA DOCTRINA DEL SACRIFICIO ES LA MADRE DE LO POCO QUE SOMOS. DIGALO EL GOLGOTA".

Jose de la Luz y Caballero

